

# Vanguardia en el Uruguay: la subjetividad como disidencia

**L**a palabra vanguardia conoce tantos usos en estos días que resulta casi imposible aplicarla a la práctica literaria con la misma precisión terminológica que tuvo en sus primeras manifestaciones. Desde la primera mitad de este siglo —o antes, si se tienen en cuenta las revistas de moda parisinas celebrando la *nouvelle vogue de l'avant-garde*— el término vanguardista ha significado todo lo que es nuevo y que se adelanta a la no siempre precisa sincronía de los tiempos. Otras definiciones se han ido sumando a la acepción originaria. Vanguardia no sólo es aquello de avanzada, sino también lo nuevo; lo que tiene rasgos de originalidad. Un automóvil equipado con accesorios distintos al modelo anterior está a la vanguardia en el mundo de la mecánica. Una muchachita *punk* que a la manera de un Frankenstein moderno se pinta los labios de negro y que recibe toda la reprobación de su madre, juega el rol de vanguardista, por más que sus gustos literarios no pasen de Danielle Steel. Lo mismo puede decirse de aquel corredor de bolsa que al adelantarse a la subida de precios en el mercado pasó a estar a la vanguardia de su negocio. Y los ejemplos podrían continuar, porque la palabra vanguardia, aunque represente los más nefastos ejemplos de la retaguardia, no ha dejado de estar de moda desde el día que lo ha estado. El término supera así su propia definición; desconfiar de los diccionarios es también una actitud de vanguardia. Y la desconfianza se fundamenta en la parcialidad de estos para definir la palabra en cuestión. El *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner define vanguardia como aquella «parte de una fuerza armada que en un ataque o marcha va delante». El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia

dice algo parecido: «Parte de una fuerza armada que va delante del cuerpo principal». La *Gran Enciclopedia Universal* agrega una acepción: «Avanzada de un grupo o movimiento ideológico, político, literario, artístico, etc.» El *Pequeño Larousse* es aún más amplio: vanguardia no sólo es la «parte de una tropa que camina delante del cuerpo principal y lo protege», sino que significa toda actitud «de avance y exploración». El término vanguardia, como se desprende de estas definiciones, reconoce un origen militar; tener un lugar en el frente de ataque. No ha de sorprender a nadie entonces que la palabra se refiera a una actitud conflictiva derivada de un lenguaje «bélico». Así pues, la idea de estar en una *posición de avanzada* comenzó a utilizarse con insistencia en el siglo pasado, produciendo, entre otras cosas, el rechazo de Baudelaire por lo que llamó «la predilección de los franceses por las metáforas militares». Sin embargo, Etienne Pasquier ya la había empleado reiteradas veces en la segunda mitad del siglo XVI para referirse a los poetas franceses Scève, Beze y Pelletier, quienes constituían *l'avant-garde* por el mero hecho de contradecir su tradición inmediata. Con la eclosión, a principios de 1900, de las primeras vanguardias reconocidas como tal (futurismo, cubismo, dadaísmo, expresionismo), la idea y su referente propiamente dicho pasa a ocupar un contexto más definido. Vanguardia será el sinónimo para aludir a toda práctica de inconformidad y de afirmación (exploratoria y aventurera) de un signo a la vez presente y atemporal, que desordena y reescribe el inmutable determinismo de la historia en busca de una utópica futuridad. Esto se logrará en el texto a través de lo que pueden llamarse *técnicas interruptivas*. Es decir, estrategias de disolución del sentido, en tanto visto éste como una interrelación de aserciones cuya premisa definitoria es la coherencia. Aunque incluida en una misma circunstancia histórica, la vanguardia supone una escisión con la modernidad; en todo caso, una opción dentro de ella, menos tolerante y más autoafirmativa. En otras palabras: la vanguardia es una exageración de la modernidad que revela una mayor autoconciencia del lenguaje utilizado en relación a la práctica social. Representa un relativismo histórico que es una forma de romper con la continuidad de la tradición establecida y resulta por ende una apuesta total a los acechos del presente. No se muestra necesariamente como un acto de transitoriedad, sino más bien como una inquisición estética que al abolir el absolutismo de la razón, celebra la trascendencia del instante, pues en verdad, otra trascendencia no asume. El mapa de la imaginación se afirma en un contorno de crisis y dramáticas contradicciones que sin abandonar la trascendencia del ser —pues el ego es el espejo continuo de la modernidad— evita toda justificación metafísica y plantea un antagonismo radical con las opciones ideológicas y estéticas de la tradición precedente. Por esta causa es que la idea de vanguardia

ha sido asociada a una de las formas más extremas de negatividad artística, la cual se resuelve en una práctica por abolir la literaturalidad del lenguaje, por acortar el espacio que separa la palabra del significado. Escritura antiteológica que origina una actualidad sin finalidad, un espacio vaciado de señas de referencialidad. En esta actitud de disidencia es donde la idea de vanguardia impone una relativización de las categorías estéticas, haciendo de lo absoluto y lo relativo, de lo hermoso y lo feo, de lo inmanente y lo trascendente, la misma identidad poética. Una identidad que ha hecho de la contradicción un atributo del conocimiento. Todos estos rasgos característicos y definidores de la vanguardia, incluso antes de que ésta emergiera como haz de movimientos artísticos con propuestas revolucionarias, no se dieron en todas partes con el mismo heterodoxo frenesí, por más que muchos historiadores hablen de «las vanguardias» como un fenómeno universal. Uruguay es una de esas excepciones. No sólo careció de vanguardia(s), sino que además quienes arriesgaron actos subversivos fueron muy pocos y en su tiempo marginales. La modernidad del Uruguay, fundada en las ideas positivistas y spenglerianas que defendió con acérrima ortodoxia José Battle y Ordóñez (desde 1890 a 1929 la figura política prominente), poco espacio dejaron para la celebración de la novedad y la disidencia. Lo nuevo horrorizaba a los uruguayos. De allí que toda postura de vanguardia haya sido rechazada (más implícita que explícitamente) como una amenaza para el *statu quo* de una sociedad seguidora por excelencia de los rituales de la tradición y de la complacencia, de lo ya conocido y aceptado. Cosa paradójica: el Uruguay apostó a grandes transformaciones políticas y sociales antes que otros países de América Latina, pero rechazó las nuevas inquietudes estéticas y por eso careció de vanguardias que hayan amenazado, como en otras partes, la práctica institucionalizada.

Apenas unos pocos negaron su procedencia para asumir el rol de francotiradores insatisfechos con su tiempo y con su sociedad. En el Uruguay hubo vanguardistas pero no vanguardias. Como su propia conformación geográfica, una isla de tierra y vacas situada entre los enormes territorios a la deriva de Argentina y Brasil, y como su propio nombre lo indica, una república al oriente de un río, es decir en un margen de éste, el Uruguay es más propicio a generar inconformes en la marginalidad antes que grupos de acción con programas estéticos compartidos. Es un país de individualidades que no siempre han podido romper con los prejuicios y las presiones del contexto. La situación se retrotrae a los orígenes de la nación con el llamado «poeta de la patria», Francisco Acuña de Figueroa, quien además de escribir una poesía de corte neoclásico, emparentada a las aburridoras exaltaciones de Andrés Bello, practicó otro tipo de escritura que, por miedo al desdén o al juicio público, mantuvo oculta.